

cion, no hace mu- exámenes públicos desde la de decir la preguntados i clo- lusivamente a los los del señor don ecuentemente suce- imados no fuesen e sorprenderán abo- l de que hablamos, al ver cómo son nos acomodada de de la mas humilde, papel, realzado en obres vestidos.

clases únicas que salgre i sobre quie- los otros impues- de la instruccion, en mayor grado. mos de un modo es- il hijo de una pobre disputar i ganar el de mucho mayor sobre la base de orque sin ésta nada los aceptables, los s producen una sa intina.

los nombres de los que esta mencion puffy sea prenda de idos que les estén carrera.

hemos aludido fué gusto, i acaso el pri- anto a la composi- omáticos, los fun- tro orden, las jentes respectos en las vá- snelen obsequiarse fines; pero los maes- sencia que en su ca- cido esta muestra de autoridades que rsonas de distincion, sido muchos.

oras del alto mérito 3 institutoras, asis- 24, nada han obte- de su concurrencia lmente respetables, estuvieron presentes los honores a las que no merecieran as; pero siempre es birtu republicano el ueza i las grandezas facta a las personas, majisterio escolar, me- ya una de las condi- madas.

es lo esencial. Las de enseñanza son co- es cabe diaria refor- on. El número de que ir aumentando, nes llenas de pasion, arse. Pero lo que no es el ennoblecimien-

to de dicho majisterio escolar, o mejor di- cho, su rehabilitacion completa. Puesta la educacion primaria bajo el múltiplo ampa- ro del interes jeneral i al cuidado i mejora de institutores morales, intelijentes i satis- fechos por las consideraciones de que gocen; el majisterio escolar se convertirá en un verdadero poder social, i nuestras institucio- nes quedarán incontrastables sobre esa base.

SECCION CIENTIFICA.

LA CIENCIA DE LA RELIJION.

(Continuacion).

Tratemos ahora de las relijiones primitivas de las naciones semíticas. Las lenguas de éstas tienen entre sí una afinidad mas estrecha que las arianas unas con otras, en términos que una gramática comparativa de aquellas carece del atractivo que ofrece el estudio comparati- vo del sanscrito, del griego i del latin. Los que estudian las lenguas semitas se quejan de que poco o nada tienen que poner de su parte para comparar entre sí el hebreo, el siríaco, el árabe i el etiópico, porque basta colocar unas enfren- te de otras las palabras de esos idiomas para que salte a la vista el parentesco que los une. No estimo del todo fundada esta queja; i espero que M. Renan llevará a efecto el pro- pósito que tenia de hacer un estudio compa- rativo no solo de los ramos literarios de la familia semítica, sino tambien de los antiguos dialectos de Fenicia, Arabia, Babilonia i Nínive.

Me sorprende que ninguno de los filólo- gos que estudian estas lenguas haya reco- jido, a ejemplo de los que han tratado de las arianas, los nombres comunes a todos los dia- lectos semíticos, nombres que debieron existir en una lengua anterior al hebreo, al siríaco i al árabe i que podrían darnos, por eso, una idea del estado en que se hallaba la civilizacion de la raza semítica, ántes de la época en que ella se dividió en muchas naciones. Los principa- les grados de parentesco, por ejemplo, se es- presan en las naciones semíticas, como en las arianas, por nombres de un mismo orjén; i si sé ha estimado importante demostrar que los arias habian nombrado i reconocido no solo los miembros de la familia natural, como el pa- dre i la madre, el hijo i la hija, sino tambien el parentesco de afinidad, ¿no será igualmente interesante probar que las naciones semíticas habian alcanzado el mismo grado de civilizacion mucho ántes de las leyes de Moises?

Limitándonos al objeto especial de nuestras investigaciones, echaremos de ver sin dificul- tad que, como las arianas, las lenguas semíti- cas poseen en comun muchos nombres de la divinidad que debieron existir ántes de que las ramas meridional o arábiga, setentrional o aramea i central o hebrea se separasen de una manera durable; i nombres mediante los cuales nos es dado estudiar las concepciones de la raza semítica primitiva, tales cuales eran ántes de que Jehová fuese adorado por Abraham, Baal en Fenicia i El en Babilonia.

Verdad es, como en otra parte lo he obser- vado, que el sentido de muchos de esos nom- bres es mas jeneral que el sentido primitivo de los nombres de los dioses de los arias. Como varios de ellos significan el Poderoso, el Venerable, el Elevado, el Rei, el Señor, parece que se les hubieran dado como títulos honori-

ficos solamente, por las diferentes naciones semíticas a los diversos dioses que adoraban en sus santuarios particulares; pero, si consi- deramos cuántas palabras hai en las lenguas semíticas para expresar las ideas de grandeza, fuerza, majestad, habremos de convenir en que el hecho de que unos mismos epitetos fuesen nombres propios de la divinidad, en Siria, en Cartago, en Babilonia i en Palestina, no admite mas que una esplicacion histórica, a saber: que debió haber un momento en que las razas semitas, como las arianas, fijaron los nombres de sus divinidades, i que ese momento debió preceder a la formacion de sus lenguas i de sus relijiones particulares.

Uno de los mas antiguos nombres de divi- nidades semíticas es *El*, que significa "el Fuerte." Encuéntrase en las inscripciones babilónicas en la forma *Ilu*, Dios, especial- mente en la palabra *Bab-Il*, la puerta o el templo de *Il*. En hebreo tiene su sentido jener- al de fuerte o héroe, i es tambien uno de los nombres de Dios, que se aplicaba no solo al Dios verdadero sino a los dioses de los jentiles. Forma parte de la palabra Beth-El, la casa de Dios, i se halla en muchas otras. Cuando va precedido del artículo, como en *ha-El*, el fuerte o el Dios, significa siempre en el Antiguo Testamento, Jehová o el Dios verdadero.

Este mismo *El* era adorado en Biblos por los fenicios. Allí se le llamaba hijo del Cielo i de la Tierra. Su padre era el hijo de *Eliun*, el mas grande de los dioses, que habia sido muerto por animales salvajes. El hijo de *Eliun*, que le sucedió, fué destronado i muerto por su propio hijo *El*, de quien Filon, que recono- ce en *El* el griego Kronos, dice que era la divi- nidad que presidia al planeta Saturno. El nom- bre de *El* se encuentra tambien en las inscrip- ciones himiaríticas.

De *El* se deriva, segun Filon, *Elohim*, prin- cipal de *Eloah*: en el combate que se trabó entre *El* i su padre, los aliados de *El*, dice aquel escritor, se llamaban *Elohim*, como los aliados de Kronos se llamaban *Kronioi*. Aunque pa- rece mui plausible esta etimología de *Eloah*, no la aceptamos, porque la rechazan los sa- bios mas conocedores de las lenguas semitas, especialmente M. Fleischer. *Eloah* es la misma palabra árabe *Ilâh*, Dios.

Eloah en singular tiene en la Biblia el mis- mo significado que *El*; en plural puede signifi- car los dioses en jeneral, o los falsos dioses, pero es en el Antiguo Testamento el nombre del Dios verdadero, plural en la forma, singu- lar en el significado. En árabe, *Ilâh*, sin artí- culo, significa un dios en jeneral; con artículo *Al-Ilâh*, es el nombre del Dios de Mahoma, como era el nombre del Dios de Abraham i de Moises.

La etimología de *Eloah* o *Ilâh* se ha discuti- do mucho por los sabios europeos i orientales. Kamus dice que hai veinte opiniones sobre este punto, i Mahommad El Fasi cuenta hasta treinta. M. Fleischer, cuyos juicios en esta ma- teria merecen confianza ciega, cree que el nom- bre de *El*, el fuerte, viene de la raíz *al* (por in- termedio de *vav*, av al) sílaba que significa sólido, espeso, fuerte; i que *Eloah* o *Ilâh* es un nombre abstracto que significa temor i se deriva de una raíz diferente, de la raíz *alah*, que significa ser ajitado, estar confundido, perplejo. De su sentido primitivo de temor, *Elâh* pasó a significar el objeto del temor o del respeto, i de esa suerte vino a ser uno de los nombres de Dios. De la misma manera se

duce por una galeria deletier.

aje descubierta, al final tro. Alfredo L'Ambert raba. A diez pasos de ordete aspiraba grandes a cigarrillo de tabaco edo mañique. Veinte o ba o más abajo, hacian travesaban por entre la yro o un andante; los una enorme pipa de ta- a: las mujeres parecian

Así hablaba L'Ambert entre sus treinta i dos dientes, más blancos i más agudos que los de un lobo. Al acercarse a su carruaje mandó al cochero que se retirara, i se dirigió a pié lenta- mente hácia el círculo de los caminos de hierro. Allí encontró dos amigos i les contó su aventura. El viejo marques de Villamaurin, antiguo capitán de la Guardia real, i el jóven Enrique Steimboung, agente de cambios, estuvieron con- formes con L'Ambert en que el puñetazo era el punto negro de una cuestion mui sencilla.

Ayvaz-Bey le dió gracias por sus buenas inten- ciones, i le hizo seña de que saliera de su habi- tación.

— I qué hacemos? preguntó Ahmed.

— Es muy sencillo, contesto Ayvaz: yo le cortaré la nariz mañana por la mañana. La pena del talion está escrita en el Koran: "Ojo por ojo, diente por diente, nariz por nariz."

Ahmed le hizo observar que el Koran era sin duda un buen libro, pero un poco antiguo. Los principios de las lances de honor han cambiado mucho desde Mahoma hasta nuestros dias. Por

encuentra do para n Dios de mi temor de (Gen. XX de su padr temor, es l idea de Di

Ese mis tambien es de esta dio do por bre tancia al s ba culto es que la dio to, sea la

Otro no de que se nos semit: los babilo los moabi los judois gran Dios realidad estraño mas de a a Jerusa divinidad una divi sus padre ocupaba elevados. ro, a infi número bla de n Tars, qu Tiro, el labros en esta dedi de Tiro. bre de significa lo invoc: Zebub, los judic ciertas mayra, el Beel mismo. cesivo manos ojos, es llamaba el dios. Vemos ral de Ilâh o así a pe divind. nicios. de las c en las i las for se emp de fac brar u Confir jinesa faz de Astart Baal. fué rec i ann ese cas nicios,

Anno V. Juch. 26 de Nov. 1874 pag. 86-87. CA 3. d. 1. B. M. C. Jantros 28. 2-16 6 7

43

(1492)

so hizo Bey, rial, i bert. pero mome El ocasio en que L'Au dos t. L. cos, c

presenta el nombre *paahál*, temor, emplea-
rá nombrar a Dios. "A menos que el
dios de mi padre, el Dios de Abraham i el
mor de Isaac no hubiese estado conmigo"
Gen. XXI, 42). "I Jacob juró por el temor
de su padre Isaac" (v. 53). En arameo, *dachlá*,
temor, es la palabra adoptada para expresar la
ley de Dios o de ídolo.

Ese mismo nombre antiguo se encuentra
ambien en la forma fenecina *Alát*. El templo
de esta diosa en Taif de Arabia, que fué destrui-
do por órden de Mahoma, no cedia en impor-
tancia al santuario de la Meca. Se la tributa-
ba culto en otros lugares, i no puede dudarse
que la diosa árabe Alilat, citada por Heródo-
to, sea la misma Alát del Corán.

Otro nombre de la divinidad muy famoso,
de que se encuentran huellas en muchas nacio-
nes semitas, es el de Baal o Bel. Los asirios i
los babilonios, los fenecios i los cartajineses,
los moabitas i los filisteos, i, podemos agregar,
los judíos, reconocian a Bel o Baal como un
gran Dios, i aun como el Dios Supremo. En
realidad no puede decirse que este Dios fuese
extraño a los judíos, pues ellos no dejaron ja-
mas de adorarlo en los bosques que rodeaban
a Jerusalem, i lo consideraban casi como una
divinidad doméstica, o, en todo caso, como
una divinidad semítica; i entre los dioses que
sus padres adoraron al otro lado del rio, Bel
ocupaba seguramente uno de los puestos mas
elevados. Pero este dios se convirtió bien pro-
yo, a influjo de los cultos locales, en un gran
número de personas divinas. La historia ha-
bla de un Baal-Tsur, Baal-Tsidon, Baal-
Tars, que no eran otra cosa que el Baal de
Tiro, el de Sidon, el de Tarso. En dos cande-
labros encontrados en la isla de Malta leemos
esta dedicatoria fenecia: *A Melkart, el Baal
de Tiro*. En Sichem se le adoraba con el nom-
bre de Baal-Barith, nombre que se supone
significa el dios de los tratados; los filisteos
lo invocaban en Ekron con el nombre de Baal-
Zebub, el dios de las moscas, i los moabitas i
los judíos lo conocian con el de Baal-peor. En
ciertas monedas fenecias se le llama Baal Schá-
mayim, el Baal del cielo, que no es otro que
el Beelsamón que Filon creia que era el sol
mismo. "Cuando el calor," dice, "era ex-
cesivo los antiguos fenecios levantaban las
manos en direccion al sol, que era, a sus
ojos, el solo dios, el señor del cielo. Lo
llamaban Beelsamón, que es entre los fenecios
el dios del cielo, i Júpiter entre los griegos."
Vemes escrito en otras partes Baalim, plu-
ral de Baal, i así como a par del masculino
Iláh o Alláh, hemos hallado el femenino Alat,
así a par del masculino Baal se encuentra una
divinidad femenina *Baalit*, la Baalitis de los fe-
necios. Es probable que la concepcion primitiva
de las divinidades femeninas no fué una misma
en las naciones arianas i en las semíticas, i que
las formas femeninas de Alláh i de Baal no
se emplearon al principio sino para expre-
sar la enerjía i la actividad, o el conjunto
de facultades de la divinidad, i no para nom-
brar un sér distinto i ménos un sér femenino.
Confirman esta opinion una inscripcion cartaj-
nina en la cual se llama a la diosa *Tanit*, la
faz de Baal, i la de Eshmunazar que da a la
Astarte de Sidon este epíteto *El nombre de
Baal*. Andando el tiempo, esa idea abstracta
fué reemplazada por la de un poder femenino,
i aun por la de una mujer, i cabalmente con
ese carácter se adoraba a Baalitis entre los fe-
necios, babilonios i asirios, pues el nombre de

Milita de que habla Heródot, es, segun Ma-
Oppert, una corrupcion de Baalitis.

187

(Continuado.)

VARIEDADES.

LA CRIADA.

(Continuacion.)

Vemos, pues, que la criada está en el camino
del poder, que prospera, que se aristocratiza i
que, como es natural, alimenta grandes aspira-
ciones. La crisálida mariposa. Desvanécia el
humo de sus primeros triunfos, como a ciertos
escritores que se esponjan a manera de pavos
reales, al ruido de los aplausos con que el público
acoge una pobre comedia bien representada por
Romea o Arjona, o al lisonjero pláceme de la
gacetilla lijera i de los artículos apolojéticos de
los amigos íntimos.

La criada, que ya tiene baúl, que es *propietaria*,
quiere que le den cincuenta reales. Lo quiere,
pero no lo dice, i sólo el ojo práctico de una
buena ama de casa conoce el mal de que aquella
adolece, por síntomas que a otros ménos sagaces
se ocultan completamente.

La doméstica se ha hecho mentirosa;

El viento, ántes mauso i honrado, se suele
llevar camisas i pañuelos tendidos en el balcon;
de viento cortés i de verdadero órden, se ha con-
vertido en viento rudo i comunista;

Dice que va a misa los domingos i fiestas de
guardar, i va a hablar con el novio;

Tiene dos hermanos i cuatro primos en Ma-
drid, recientemente descubiertos.... por su ima-
jinacion;

Es la *vida eterna* para las faenas de la casa;

Así que oscurece, principia a dar cabezadas,
se duerme como una marmota;

Es tan chismosa i cuentera, que siempre anda
con que si la vecina dijo esto, i el vecino lo de
más allá;

Es gruñona, dicharachera, amiga de curioscar
i meterse donde no la llaman;

No limpia las botas al amo;

Vuelve de la compra monedas falsas i morri-
ñecas.

Se pasa largos ratos contemplándose al espejo
i asomada al balcon;

Se hace la sorda cuando la llaman;

Todos los dias rompe alguna cosa; hoy, un
vaso; mañana, una cazuela; una vez, una vidrie-
ra; otra, un barreño;

Inventa mil patrañas para salir de bureo; ya
finje que se le han olvidado los postres; ya que
se ha dejado el pañuelo de la mano encima del
mostrador de la tienda inmediata, o bien le ha
escrito su padre, i tiene que ir a casa del me-
morialista para que conteste;

Responde con malos modos;

No espuma la olla, i deja que salgan la carne
cruda, tieso el tocino, los garbanzos como balas,
i abumado el chocolate;

Permite que la sillería esté llena de polvo, el
fogon sin fragar, el piso por barrer, la escalera
hecha un lodazal.... i no se le cae el alma a
los piés;

Ha tomado alas;

Levanta el gallo;

Se subió a las barbas;

Por último, se ha vuelto golosa como una ga-
ta; el ama, aunque nada le dice, la ha sorpren-
dido rebañando con los dedos la chocolatera, sa-
cando carne del guisado, o lamiendo el perol de
las natillas.

descifrando el enigma.

Si las indirectas que preceden, i que son otras
tantas avanzadas de sus maquiavélicos propósi-
tos, no surten el efecto que apetece, la criada re-
pite a menudo que una paisana suya que sirvo a
dos viejos i que, por consiguiente, apenas trabaja,
gana sesenta reales; que la niñera de enfrente,
cuyas obligaciones se reducen a cuidar de los
chicos, recibe un salario de cuarenta; que el in-
quilino de la derecha, vindi i sin hijos, paga
cincuenta a su criada, con facilidades de ama de
llaves, i que continuamente le está regalando pa-
ñuelos de crespon i vestidos de lana.

Si aun así no da fuego el arma, la doméstica
principia a hacer dilijencias para mudar de casa;
i por más que se le haya pagado exacta i pun-
tualmente el salario; por mas que se la haya
tratado con induljencia i miramiento; por mas
que, en una palabra, se le haya enseñado el
gobierno de la casa con todo el esmero o interes
posibles, estad seguros de que con un solo real
de aumento al mes en otra parte, ideará un me-
dio de romper completamente las hostilidades
i os dejará con un palmo de narices, despues de
haberos desesperado, mal servido i saqueado.

¡Queria cincuenta reales! Pero no atribuirá a
este motivo su salida, sino que dirá, por ejemplo:

—Me salí porque no me pagaban;

Porque me tenían hambriesta;

Porque me maltrataban de palabra i de hecho;

Porque habia tanto trabajo, que ni aun tiem-
po me quedaba para descansar.

Una sola cosa diré en abono de las criadas
en jeneral, i es: que desgraciadamente, en oca-
siones tienen muchísima razon para quejarse.

II

LA CRIADA PROFESA.

A los dos o tres años, poco más o ménos, de
aprendizaje, nuestra Maritornes pasa de novicia
a profesá, habiendo experimentado en la forma in-
en el fondo, o si se quiere (para no meternos en
honduras) en lo físico i en lo moral, un cambio
casi completo; en términos que, como suele
decirse, no la conoceria ni la madre que la
parió.

Las proporciones geométricas de su cabeza
parece que se han reducido i regularizado un
tanto; pero el hecho es, que se conservan las
mismas, debiéndose este progreso ficticio a
constante esmero con que la criada se arregla el
tocado. Como ya pertenece a la clase média de
la sociedad doméstica, brotan en su alma aspi-
raciones más elevadas, puesto que algunas sueñan
hasta en ser *doxcellas*, i observan atentamente
los usos, costumbres, trajes e idioma de aquellas
que les sirvan de modelo, i a quienes se propo-
nen eclipsar con el tiempo.

Dije en la primera parte, hablando de la cria-
da novicia, que con sus ahorros i adquisiciones
eventuales, se habia comprado un peine de cuer-
no, i me equivoqué; fué una leñrera de boj co-
lor de azafran de esas con que se desengreda la
lanas a los perros: sirva esta rectificacion de
descargo a mi conciencia de observador, i de
justificacion a la probidad de la moza, quien je-
veralmente no se streve a habérselas con el
cuerno hasta bien entrada en esta segunda fase
que lo es así de su doméstica existencia como de
su caja de crédito.

A fuerza de repelones, ha conseguido calma
la insubordinacion de su cabellera, resultando un
órden que valdria más si no costase tanto, por
que suele ir precedido i acompañado de arrastramiento
de cabellos i aun de sangre. Segu-

so hizo acompañar del primer drogman, Osman-
Bey, que acababa de llegar de la recepcion impe-
rial, i ambos se dirijieron a casa de L'Ambert.
La hora no podia ser mas intempestiva;
pero Ayvaz no queria que se perdiese ni un solo
momento.

El dios de los combates no era adverso en esta
ocasion; todo lo hacia creer así. En el instante
en que el primer secretario iba a llamar a casa de
L'Ambert, apareció éste, que venia a pié con sus
dos testigos.

L'Ambert vió los gorros colorados de los tar-
cos, comprendió en seguida lo que querian, salu-
dó i tomó la palabra con cierta énfasis que no
sentaba mal a la solemnidad del asunto.

—Caballero, dijo, como yo soi el único habi-
tante de esta casa, me permito creer que me

sona que iba en sentido inverso: fué un verda-
dero accidente casual, una desdicha. El rango i
la educacion del señor L'Ambert no podian ha-
cer creer a nadie que fuese capaz de dar un pu-
ñetazo a Ayvaz-Bey. Su miopía bien conocida, i
la semioscuridad del pasaje lo hicieron todo. En
fin, el señor L'Ambert, segun opinion de los tes-
tigos, estaba dispuesto a declarar delante de
Ayvaz-Bey que le habia tropezado en la nariz
inadvertidamente, i por un accidente casual.

Este razonamiento, bastante justo en sí mismo,
daba cierto aire de autoridad a la persona del
orador. El señor Villemaurin era uno de esos
hidalgos que parecen olvidados por la muerte
para hacer recordar los tiempos históricos en
nuestra época dejenerada. Su fe de bautismo no
le acusaba mas de setenta i nueve años; pero por

mente dos veces por semana, sin olvidar este d-
ber en ningun tiempo ni por ninguna circunsta-
cia; pero jamas se encorvó bajo el peso de los r-
mordimientos. Siempre derecho, i mas bien c-
cierta tirantez, ni la edad, ni el dolor de la mu-
te de su hijo habian podido doblar sus espaldas.

Era doña estatua pequeña, pero vigoroso, i
conservaba fiel a todos los ejercicios de su juve-
tud. A los setenta años se habia casado en se-
gundas nupcias con una jóven noble, pero pob-
De ella habia tenido dos hijos, i no desespera-
da llegar a ser abuelo. El amor a la vida, q-
ejerce tanta influencia en los ancianos de e-
edad, le preocupaba poco; por esta razon no
cuidaba de evitar los lances de honor en que
veia comprometido con frecuencia. El últi-
asunto de esta clase le tuvo a los setenta i
años con un coronel de estatura colosal: reyo-